Acto segundo

Primer cuadro

Una plataforma en la montaña. A la derecha, la caverna. Cierra la entrada una gran piedra negra. A la izquierda, gradas que conducen a un templo.

Escena I

LA MULTITUD - *Luego* JÚPITER - ORESTES *y el* PEDAGOGO

UNA MUJER (*se arrodilla delante de su chiquillo*). — La corbata. Ya te hice tres veces el nudo. (*Cepilla con la mano.*) Así. Estás limpio. Sé juicioso y llora con los demás cuando te lo digan.

EL NIÑO. — ¿Por ahí han de venir?

LA MUJER. — Sí.

EL NIÑO. — Tengo miedo.

LA MUJER. — Hay que tener miedo, querido mío. Mucho miedo. Así es como se llega a ser un hombre honrado.

UN HOMBRE. — Tendrán buen tiempo hoy.

OTRO. — ¡Afortunadamente! Hay que convencerse de que son aún sensibles al calor del sol. El año pasado llovía y estuvieron... terribles.

EL PRIMERO. — ¡Terribles!

EL SEGUNDO. — ¡Ay!

EL TERCERO. — Cuando hayan vuelto al agujero y estemos solos, entre nosotros, treparé aquí, miraré esta piedra y me diré: "Ahora se acabó por un año".

UN CUARTO. — ¿Sí? Bueno, para mí eso no es un consuelo. A partir de mañana empezaré a decirme: "¿Cómo estarán el año próximo?" De un año a otro se vuelven más malos.

EL SEGUNDO. — Calla, desdichado. Si uno de ellos se hubiera infiltrado por alguna grieta de la roca y rondara ya entre nosotros... Hay muertos que se adelantan a la cita. (*Se miran con inquietud*).

UNA MUJER JOVEN. — Si por lo menos pudiera empezar en seguida. ¿Qué es lo que hacen los del palacio? No se dan prisa. Para mí lo más duro es esta espera: una está aquí, pataleando bajo un cielo de fuego, sin quitar los ojos de esa piedra negra... ¡Ah! Están ahí, detrás de la piedra, esperan como nosotros, regocijándose con la idea del daño que van a hacernos.

UNA VIEJA. — ¡Bien está, maldita ramera! Ya se sabe lo que la asusta. Su marido murió la primavera pasada, y hacía diez años que le ponía los cuernos.

LA MUJER JOVEN. — Bueno, sí, lo confieso, lo engañé mientras pude; pero lo quería y le hacía la vida agradable; nunca sospechó nada y murió mirándome con ojos de perro agradecido. Ahora lo sabe todo, le han aguado su placer, me odia, padece. Y dentro de un rato estará junto a mí, su cuerpo de humo desposará mi cuerpo más estrechamente de lo que lo hizo nunca ningún ser vivo. ¡Ah! Lo llevaré a mi casa, enroscado alrededor del cuello como una piel. Le he preparado buenos platitos, tortas de harina, una colación como las que le gustaban. Pero nada suavizará su rencor; y esta noche... esta noche estará en mi cama.

UN HOMBRE. — Tiene razón, diablos. ¿Qué hace Egisto? ¿En qué piensa? No puedo soportar esta espera.

OTRO. — ¡Quéjate! ¿Crees que Egisto tiene menos miedo que nosotros? ¿Quisieras estar en su lugar, eh, y pasar veinticuatro horas a solas con Agamenón?

LA MUJER JOVEN. — Horrible, horrible espera. Me parece que todos vosotros os alejáis lentamente de mí. Todavía no han quitado la piedra y cada uno es ya presa de sus muertos, solo como una gota de lluvia.

(*Entran* JÚPITER, ORESTES, *el* PEDAGOGO.)

JÚPITER. — Ven por aquí, estaremos mejor.

ORESTES. — ¿Son éstos los ciudadanos de Argos, los muy fieles súbditos del rey Agamenón?

EL PEDAGOGO. — ¡Qué feos son! ¡Mirad, mi amo, la tez cerúlea, de ojos cavernosos! Estas gentes están a punto de morirse de miedo. He aquí el efecto de la superstición. Miradlos, miradlos. Y si aún necesitáis una prueba de la excelencia de mi filosofía, considerad en seguida mi tez floreciente.

JÚPITER. — Linda cosa una tez floreciente. Unas amapolas en las mejillas, buen hombre, no te impedirán ser basura, como todos éstos, a los ojos de Júpiter. Anda, apestas y no lo sabes. En cambio ellos tienen las narices llenas de sus propios olores; se conocen mejor que tú.

(La MULTITUD *gruñe).*

UN HOMBRE *(Subido a las gradas del templo, se dirige a la* MULTITUD). — ¿Quieres volvernos locos? Unamos nuestras voces, camaradas, y llamemos a Egisto: no podemos tolerar que difiera más tiempo la ceremonia.

LA MULTITUD. — ¡Egisto! ¡Egisto! ¡Piedad!

UNA MUJER. — ¡Ah, sí! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Pero nadie se apiadará de mí! ¡El hombre que tanto he odiado vendrá con la garganta abierta, me encerrará en sus brazos invisibles y viscosos, será mi amante toda la noche, toda la noche! ¡Ah!

(Se desvanece).

ORESTES. — ¡Qué locuras! Es preciso decir a estas gentes...

JÚPITER. — Y qué, joven, ¿tanto aspaviento por una mujer que pone los ojos en blanco? Ya veréis otros.

UN HOMBRE *(poniéndose de rodillas).* — ¡Hiedo! ¡Hiedo! Soy una carroña inmunda. ¡Mirad, las moscas me cubren como cuervos! Picad, cavad, taladrad, moscas vengadoras, revolved mi carne hasta mi corazón obsceno. He pecado, he pecado cien mil veces, soy un albañal, un retrete...

JÚPITER. — ¡Buen hombre!

DOS HOMBRES *(levantándolo).* — Bueno, bueno. Ya lo contarás más tarde, cuando estén aquí.

(El HOMBRE *permanece atontado; resopla revolviendo los ojos).*

LA MULTITUD. — ¡Egisto! ¡Egisto! Por compasión, ordena que empiecen. No podemos más.

*(*EGISTO *aparece en las gradas del templo. Detrás de él* CLITEMNESTRA *y el* GRAN SACERDOTE. GUARDIAS).

Escena II

LOS MISMOS - EGISTO - CLITEMNESTRA - EL GRAN SACERDOTE - LOS GUARDIAS

EGISTO. — ¡Perros! ¿Os atrevéis a quejaros? ¿Habéis perdido la memoria de vuestra abyección? Por Júpiter, refrescaré vuestros recuerdos. *(Se vuelve hacia* CLITEMNESTRA.*)* Tendremos que decidirnos a empezar sin ella. Pero que tenga cuidado. Mi castigo será ejemplar.

CLITEMNESTRA. — Me había prometido que obedecería. Se está arreglando, estoy segura; ha de haberse demorado delante del espejo.

EGISTO *(a los* GUARDIAS*).* — Que vayan a buscar a Electra al palacio y la traigan aquí de grado o por fuerza. *(Los* GUARDIAS *salen. A la* MULTITUD). A vuestros lugares. Los hombres a mi derecha. A mi izquierda las mujeres y los niños. Está bien.

(Un silencio. EGISTO *aguarda).*

EL GRAN SACERDOTE. — Las gentes no pueden más.

EGISTO. — Lo sé. Si mis guardias...

(Los GUARDIAS *vuelven).*

UN GUARDIA. — Señor, hemos buscado por todas partes a la princesa. Pero el palacio está desierto.

EGISTO. — Está bien. Mañana arreglaremos esa cuenta. *(Al* GRAN SACERDOTE*).* Empieza.

EL GRAN SACERDOTE. — Retirad la piedra.

LA MULTITUD. — ¡Ah!

(Los GUARDIAS *retiran la piedra. El* GRAN SACERDOTE *se adelanta hasta la entrada de la caverna).*

EL GRAN SACERDOTE. — ¡Vosotros, los olvidados, los abandonados, los desencantados, vosotros que os arrastráis por el suelo, en la oscuridad, como fumarolas, y que ya no tenéis nada propio fuera de vuestro gran despecho, vosotros, muertos, de pie: es vuestra fiesta! ¡Venid, subid del suelo como

un enorme vapor de azufre empujado por el viento; subid de las entrañas del mundo, oh muertos, vosotros, muertos de nuevo a cada latido de nuestro corazón, os invoco mediante la cólera y la amargura y el espíritu de venganza; venid a saciar vuestro odio en los vivos! Venid, desparramaos en bruma espesa por nuestras calles, deslizad vuestras cohortes apretadas entre la madre y el hijo, entre la mujer y su amante, hacednos lamentar que no estemos muertos. De pie, vampiros, larvas, espectros, harpías, terror de nuestras noches. De pie los soldados que murieron blasfemando, de pie los hombres de mala suerte, los humillados, de pie los muertos de hambre cuyo grito de agonía fue una maldición. ¡Mirad, ahí están los vivos, las gordas presas vivas! ¡De pie, caed sobre ellos en remolino y roedlos hasta los huesos! ¡De pie! ¡De pie! ¡De pie!...

(Tam-tam. Baila delante de la entrada de la caverna, primero lentamente, luego cada vez más rápido y cae extenuado).

EGISTO. — ¡Ahí están!

LA MULTITUD. — ¡Horror!

ORESTES. — Es demasiado y voy...

JÚPITER. — ¡Mírame, joven, mírame a la cara, así, así! Has comprendido. Silencio ahora.

ORESTES. — ¿Quién sois?

JÚPITER. — Lo sabrás más tarde.

(EGISTO *baja lentamente las escaleras del palacio).*

EGISTO. — ¡Ahí están! (*Un silencio*). Ahí está, Aricia, el esposo a quien escarneciste. Ahí está, junto a ti, te besa. ¡Cómo te aprieta, cómo te ama, cómo te odia! Ahí está Nicias, ahí está tu madre muerta por falta de cuidados. Y ahí, Segesto, usurero infame, ahí están todos tus infortunados deudores, los que murieron en la miseria y los que se ahorcaron porque los arruinabas. Ahí están, y ellos son, hoy, tus acreedores. Y vosotros, padres, tiernos padres, bajad un poco los ojos, mirad más abajo, hacia el suelo: ahí están los niños muertos, tienden sus manecitas; y todas las alegrías que les habéis negado, todos los tormentos que les habéis infligido pesan como plomo en sus almitas rencorosas y desoladas.

LA MULTITUD. — ¡Piedad!

EGISTO. — ¡Ah, sí! ¡Piedad! ¿No sabéis que los muertos jamás tienen piedad? Sus agravios son imborrables, porque para ellos la cuenta se ha detenido para siempre. ¿Con buenas obras, Nicias, piensas borrar el mal que hiciste a tu madre? ¿Pero qué obra buena podrá alcanzarla nunca? Su alma es un mediodía tórrido, sin un soplo de viento, donde nada se mueve, nada cambia, nada vive; un gran sol descarnado, un sol inmóvil que consume eternamente. Los muertos ya no son —¿comprendéis esta palabra implacable?—, ya no son, y por eso se han erigido en guardianes incorruptibles de vuestros crímenes.

LA MULTITUD. — ¡Piedad!

EGISTO. — ¿Piedad? Ah, farsantes, hoy tenéis público. ¿Sentís pesar en vuestros rostros y en vuestras manos las miradas de esos millones de ojos fijos y sin esperanzas? Nos ven, nos ven, estamos desnudos delante de la asamblea de los muertos. ¡Ah! ¡Ah! Ahora estáis muy confundidos; os quema esa mirada invisible y pura, más inalterable que el recuerdo de una mirada.

LA MULTITUD. — ¡Piedad!

LOS HOMBRES. — Perdonad que vivamos mientras vosotros estáis muertos.

LAS MUJERES. — Piedad. Nos rodean vuestros rostros y los objetos que os pertenecieron, eternamente llevamos luto por vosotros y lloramos del alba a la noche y de la noche al alba. Es inútil, vuestro recuerdo se deshilacha y se nos desliza entre los dedos; cada día palidece un poco más y somos un poco más culpables. Nos abandonáis, nos abandonáis, os escurrís de nosotros como una hemorragia. Sin embargo, por si ello pudiera aplacar vuestras almas irritadas, sabed, oh caros desaparecidos, que nos habéis arruinado la vida.

LOS HOMBRES. — Perdonad que vivamos mientras vosotros estáis muertos.

LOS NIÑOS. — ¡Piedad! No nacimos a propósito, y nos avergonzamos mucho de crecer. ¿Cómo hubiéramos podido ofenderos? Mirad, apenas vivimos, somos flacos, pálidos y muy pequeños; no hacemos ruido, nos deslizamos sin agitar si-

quiera el aire a nuestro alrededor. ¡Y os tenemos miedo!, ¡oh!, ¡tanto miedo!

LOS HOMBRES. — Perdonad que vivamos mientras vosotros estáis muertos.

EGISTO. — ¡Paz! ¡Paz! Si vosotros os lamentáis aquí ¿qué diré yo, vuestro rey? Pues ha comenzado mi suplicio: el suelo tiembla y el aire se ha oscurecido; aparecerá el más grande de los muertos, aquel a quien he matado con mis manos: Agamenón.

ORESTES *(sacando la espada)*. — ¡Rufián! No te permitiré que mezcles el nombre de mi padre con tus maulerías.

JÚPITER *(tomándolo por la cintura)*. — ¡Deteneos, joven; deteneos!

EGISTO *(volviéndose)*. — ¿Quién se atreve? (ELECTRA *ha aparecido vestida de blanco en las gradas del templo.* EGISTO *la ve)*. ¡Electra!

LA MULTITUD. — ¡Electra!

Escena III

LOS MISMOS - ELECTRA

EGISTO. — Electra, responde, ¿qué significan esas ropas?

ELECTRA. — Me he puesto mi vestido más hermoso. ¿No es un día de fiesta?

EL GRAN SACERDOTE. — ¿Vienes a burlarte de los muertos? Es la fiesta de ellos, lo sabes muy bien, debías presentarte con vestiduras de luto.

ELECTRA. — ¿De luto? ¿Por qué de luto? ¡No temo a mis muertos y nada tengo que ver con los vuestros!

EGISTO. — Has dicho la verdad; tus muertos no son nuestros muertos. Mirad en su vestido de ramera a la nieta de Atreo, Atreo que degolló cobardemente a sus sobrinos. ¿Qué eres, sino el último retoño de una raza maldita? Te he tolerado por compasión en mi palacio, pero hoy reconozco mi falta, porque sigue corriendo por tus venas la vieja sangre podrida de los Atridas y nos infectarías a todos si no pusiera

yo un poco de orden. Ten un poco de paciencia, perra, y ya verás si sé castigar. No te bastarán los ojos para llorar.

LA MULTITUD. — ¡Sacrílega!

EGISTO. — ¿Oyes, desdichada, los gruñidos del pueblo al que has ofendido, oyes el nombre que te da? Si no estuviera yo para poner freno a su cólera, te destrozaría aquí mismo.

LA MULTITUD. — ¡Sacrílega!

ELECTRA. — ¿Es un sacrilegio ser alegre? ¿Por qué no son alegres ellos? ¿Quién se lo impide?

EGISTO. — Se ríe y su padre muerto está ahí, con la sangre coagulada en la cara...

ELECTRA. — ¿Cómo os atrevéis a hablar de Agamenón? ¿Qué sabéis si no viene por la noche a hablarme al oído? ¿Qué sabéis las palabras de amor y de pesar que me cuchichea con su voz ronca y quebrada? Me río, es cierto, por primera vez en mi vida, me río, soy feliz. ¿Afirmáis que mi felicidad no regocija el corazón de mi padre? ¡Ah! Si está aquí, si ve a su hija vestida de blanco, a su hija a quien habéis reducido al rango abyecto de esclava; si ve que lleva la frente alta y que la desgracia no ha humillado su orgullo, no se le ocurre, estoy segura, maldecirme; le brillan los ojos en su rostro ajusticiado y sus labios sangrientos tratan de sonreír.

LA MUJER JOVEN. — ¿Y si dijera la verdad?

VOCES. — No, miente, está loca. Electra, vete, por favor, sino tu impiedad recaerá sobre nosotros.

ELECTRA. — ¿Pero de qué tenéis miedo? Miro a vuestro alrededor y sólo veo vuestras sombras. Pero escuchad lo que acabo de saber y que quizá ignoréis: hay en Grecia ciudades dichosas. Ciudades blancas y tranquilas que se calientan al sol como lagartos. A esta misma hora, bajo este mismo cielo, hay niños que juegan en las plazas de Corinto. Y sus madres no piden perdón por haberlos echado al mundo. Los miran sonriendo, están orgullosas de ellos. Oh, madres de Argos, ¿comprendéis? ¿Podéis comprender aún el orgullo de una mujer que mira a su hijo y piensa: "Yo lo he llevado en mi seno"?

EGISTO. — Callarás, al fin, o te haré tragar las palabras.

VOCES *(en la multitud)*. — ¡Sí, sí! Que se calle. ¡Basta, basta!

OTRAS VOCES. — ¡No, dejadla hablar! Dejadla hablar. Es Agamenón quien la inspira.

ELECTRA. — Hace buen tiempo. Por todas partes, en la llanura, los hombres alzan la cabeza y dicen: "Hace buen tiempo" y están contentos. Oh, verdugos de vosotros mismos, ¿habéis olvidado el humilde contento del campesino que camina por su tierra y dice: "Hace buen tiempo"? Andáis con los brazos colgando, la cabeza baja, respirando apenas. Vuestros muertos se os pegan y permanecéis inmóviles, con el temor de atropellarlos al menor movimiento. Sería horrible, ¿verdad?, que vuestras manos atravesaran de pronto un humito mojado, el alma de vuestro padre o de vuestro abuelo. Pero miradme: extiendo los brazos, me dilato y me estiro como un hombre al despertar, ocupo mi lugar al sol, todo mi lugar. ¿Acaso el cielo se me viene encima? Bailo, mirad, bailo, y sólo siento el soplo del viento en mis cabellos. ¿Dónde están los muertos? ¿Creéis que danzan conmigo, al compás?

EL GRAN SACERDOTE. — Habitantes de Argos, os digo que esta mujer es sacrílega. Desdichada de ella y de los que entre vosotros la escuchan.

ELECTRA. — Oh, mis queridos muertos, Ifigenia, mi hermana mayor, Agamenón, mi padre y único rey, escuchad mi ruego. Si soy sacrílega, si ofendo a vuestros manes dolorosos, haced una señal, hacedme una señal en seguida para que lo sepa. Pero si me aprobáis, queridos míos, entonces callaos, os lo ruego, que no se mueva una hoja ni una brizna de hierba, que ni un ruido venga a turbar mi danza sagrada: porque bailo por la alegría, bailo por la paz de los hombres, bailo por la felicidad y por la vida. Oh muertos míos, reclamo vuestro silencio, para que los hombres que me rodean sepan que vuestro corazón está conmigo.

(Baila.)

VOCES *(en la multitud).* — ¡Baila! ¡Miradla, ligera como una llama danza al sol como la tela restallante de una bandera, y los muertos callan!

LA MUJER JOVEN. — Mirad su cara en éxtasis; no, no es el rostro de una impía. ¡Pues bien, Egisto, Egisto! ¿No dices nada? ¿Por qué no respondes?

EGISTO. — ¿Se discute con las bestias hediondas? ¡Se las destruye! Ha sido un error mío perdonarla antes; pero es un error reparable; no tengáis miedo, voy a aplastarla contra el suelo y su raza desaparecerá con ella.

LA MULTITUD. — ¡Amenazar no es responder, Egisto! ¿No tienes ninguna otra cosa que decirnos?

LA MUJER JOVEN. — Baila, sonríe, es feliz, y los muertos parecen protegerla. ¡Ah, Electra envidiable, mira, yo también aparto los brazos y ofrezco mi pecho al sol!

VOCES *(en la multitud).* — Los muertos callan: ¡Egisto, nos has mentido!

ORESTES. — ¡Querida Electra!

JÚPITER. — Diablos, destruiré la cháchara de esta chiquilla. *(Extiende el brazo.)* Posidón caribú caribón lullaby.

(La gran piedra que obstruía la entrada de la caverna rueda con estrépito contra los peldaños del templo. ELECTRA *deja de bailar.)*

LA MULTITUD. — ¡Horror!

(Largo silencio.)

EL GRAN SACERDOTE. — ¡Oh pueblo cobarde y demasiado ligero; los muertos se vengan! ¡Mirad cómo caen sobre nosotros las moscas en espesos remolinos! ¡Habéis escuchado una voz sacrílega y estamos malditos!

LA MULTITUD. — ¡No hemos hecho nada, no es culpa nuestra; ella vino y nos sedujo con sus palabras envenenadas! ¡Al río, bruja, al río! ¡A la hoguera!

UNA VIEJA (*señalando a la* MUJER JOVEN.) — Y a ésta, que bebía sus palabras como miel, arrancadle las ropas, desnudadla y azotadla hasta hacerle sangre.

(Se apoderan de la MUJER JOVEN*; los hombres suben los peldaños de la escalera y se precipitan hacia* ELECTRA.)

EGISTO *(que se ha incorporado.)* — Silencio, perros. Volved a vuestros lugares en orden y dejad el castigo por mi cuenta. *(Silencio.)* Pues bien, ¿habéis visto lo que cuesta no obedecerme? ¿Dudaréis ahora de vuestro jefe? Volved a vuestras casas; los muertos os acompañan, serán vuestros huéspedes todo el día y toda la noche. Hacedles un lugar en vuestra mesa, en vuestro hogar, en vuestro lecho, y tratad de que vuestra conducta ejemplar les haga olvidar todo esto. En cuanto a mí, aun-

que vuestras sospechas me hayan herido, os lo perdono. Pero tú, Electra...

ELECTRA. — Bueno, ¿qué? Erré el golpe. La próxima vez saldrá mejor.

EGISTO. — No te daré ocasión. Las leyes de la ciudad me prohiben castigar en este día de fiesta. Lo sabías y has abusado. Pero ya no formas parte de la ciudad, te echo. Partirás descalza y sin equipaje, con ese vestido infame sobre el cuerpo. Si todavía estás dentro de estos muros mañana al alba, doy la orden a quien quiera que te encuentre de matarte como a una oveja sarnosa.

(Sale, seguido por los GUARDIAS. *La* MULTITUD *desfila delante de* ELECTRA *mostrándole el puño.)*

JÚPITER *(a* ORESTES*).* — Pues bien, mi señor, ¿habéis aprendido? O mucho me equivoco o es ésta una historia moral: los malos han sido castigados y los buenos recompensados. *(Señalando a* ELECTRA.*)* Esa mujer.

ORESTES. — ¡Esa mujer es mi hermana, buen hombre! Vete, quiero hablarle.

JÚPITER *(lo mira un instante, luego se encoge de hombros).* — Como quieras.

(Sale seguido por el PEDAGOGO.*)*

Escena IV

ELECTRA *en los peldaños del templo* - ORESTES

ORESTES. — ¡Electra!

ELECTRA *(alza la cabeza y lo mira).* — ¡Ah! ¿Estás ahí, Filebo?

ORESTES. — No puedes seguir en esta ciudad, Electra. Estás en peligro.

ELECTRA. — ¿En peligro? ¡Ah, es cierto! Ya viste cómo erré el golpe. Es un poco culpa tuya, ¿sabes?, pero no te lo reprocho.

ORESTES. — ¿Pero qué hice yo?

ELECTRA. — Me has engañado. *(Baja hacia él.)* Déjame verte la cara. Sí, me apresaron tus ojos.

ORESTES. — El tiempo apremia, Electra. Escucha: huiremos juntos. Alguien ha de conseguirme caballos, te llevaré en grupas.

ELECTRA. — No.

ORESTES. — ¿No quieres huir conmigo?

ELECTRA. — No quiero huir.

ORESTES. — Te llevaré a Corinto.

ELECTRA *(riendo).* — ¡Ah! Corinto... ¿Ves?, no lo haces a propósito, pero sigues engañándome. ¿Qué haré yo en Corinto? Tengo que ser razonable. Todavía ayer alentaba deseos tan modestos: cuando servía la mesa, con los párpados bajos, miraba entre las pestañas a la pareja real, a la linda vieja de cara muerta, y a él, gordo y pálido, con su boca floja y esa barba negra que le corre de una oreja a la otra como un regimiento de arañas, y soñaba ver un día un humo, un humito derecho, semejante al aliento en una mañana fría, subiendo de sus vientres abiertos. Es todo lo que pedía, Filebo, te juro. No sé lo que quieres, pero no debo creerte; no tienes ojos modestos. ¿Sabes qué pensaba antes de conocerte? Que el sabio no puede desear en la tierra nada más que devolver un día el mal que le han hecho.

ORESTES. — Electra, si me sigues verás que pueden desearse muchas otras cosas sin dejar de ser sabio.

ELECTRA. — No quiero seguir escuchándote; me has hecho mucho daño. Llegaste con tus ojos hambrientos en tu suave rostro de mujer y me hiciste olvidar mi odio; abrí las manos y dejé deslizar hasta mis pies mi único tesoro. Quise creer que podía curar a la gente de aquí con palabras. Ya viste lo que ha sucedido: les gusta su mal, necesitan una llaga familiar que conservan cuidadosamente rascándola con las uñas sucias. Hay que curarlos por la violencia, pues no se puede vencer el mal sino con otro mal. Adiós, Filebo, vete, déjame con mis malos sueños.

ORESTES. — Te matarán.

ELECTRA. — Hay aquí un santuario, el templo de Apolo; a veces los criminales se refugian en él y mientras están dentro nadie puede tocarles un pelo. Allí me esconderé.

ORESTES. — ¿Por qué rechazas mi ayuda?

ELECTRA. — No te corresponde ayudarme. Otro vendrá para